

Tempestad en la Barra del l'Adour



La noche pasada, nos dormimos mecidos por el rugir de las olas. Era más fuerte de lo que solía, como un corazón que se estremece y golpea furiosamente en el pecho.

Luego, levantóse el viento y empezaron a tamborilear las ramas del mimosa sobre el techo de nuestra casa.

¿Susto? ¡Ni pizca!

¡Con cuánta delicia nos arrebujamos muy calentitos mientras que afuera los elementos se estaban desatando!

Esta mañana, cielo encapotado, llovizna fina que penetra por doquiera. A pesar de todo, intentamos una pequeña escapada en la Chambre d'Amour donde los obreros municipales se atarean.

Las olas de la noche habían escalado las escolleras y arrancado los bordes del parapeto.



Pesadas placas de hormigón se enderezaban hacia el cielo como para implorarlo. Otras habían sido arrastradas algunos metros más lejos.



Peñascos enormes habían sido sublevados y depositados encima de los diques, como si fueran vulgares briznas de paja.



Por la tarde, con el cambio de marea, aparecieron algunos claros. Aprovechamos la ocasión para dar un paseo a la barra del Adour.

¿Seguía estando ahí el « Luno »?

Cuando llegamos a la desembocadura del río, siguiendo la orilla sur, divisamos los primeros chorros de una blancura relumbrante.



El océano, de un marrón casi negro, lanzaba sus enormes ondas contra las escolleras y éllas estallaban como fuegos artificiales de nieve, zambullando totalmente el pequeño semáforo al extremo del espigón.



Con todo, un carguero consiguió atravesar la Barra del Adour, guiado por la pequeña embarcación de los pilotos del puerto.









Después, seguimos andando por la playa, un poco a la izquierda. Y de repente, estaba ahí, aquel desgraciado buque del cual sólo distinguimos la cabina que sobrenadaba en las bajas de las olas.



Parecía jadear, recobrando el aliento, y zozobrando de nuevo cada tres segundos, al ritmo de las olas.



Y, al otro lado del dique, apareció el cuerpo del « Luno », rojo de vergüenza por encontrarse aquí, cortado en dos trozos y medio oxidado ya.



Las olas lo asaltaban en la proa, haciendo salpicar cohetes virginales y engañosos,



y lamiéndole luego el flanco como para sosegarlo.
¡Qué lastimoso era, con su triste casco que tan sólo
esperaba ya que lo vengán a desmantelar!



Se desviaron nuestras miradas, apenadas, y entonces vimos deslizarse por el canal otro carguero vacío que estaba a punto de salir.

La pequeña loncha motora de los pilotos del puerto lo flanqueaba.



Al extremo del malecón, distinguimos claramente el momento en que arrojó la terrible Barra del Adour, temida por todos los pescadores.



Era peor, en aquel momento, de tan crecidas como estaban las aguas del río al enfrentarse con la furia del océano

La proa del buque se erguía muy alta, como para desafiar los chorriones de agua.

Luego, se desplomaba y teníamos la impresión de que iba a hundirse.



Durante largos minutos, el barco luchó audazmente contra los elementos y, por fin, viró de bordo para ponerse paralelo a la playa de Boucau.



Entonces se inmovilizó y la pequeña cáscara de nuez de los pilotos del puerto se le acercó para recuperar al capitán que había subido a bordo del carguero para dar sus consejos al comandante del barco.



En aquel momento, un rayo de sol atravesó las nubes, iluminando el mar, y aunque la marejadilla seguía siendo tan fuerte, nos sentimos aliviados.



¡El barco había vencido la tempestad!

Dos días más tarde, en Biarritz, se había restablecido la calma.



Como últimos testigos de las iras del océano, los botecitos habían arremangado sus cascós.

